

LA GENEALOGIA DE LA REVOLUCION EN JUAN DONOSO CORTES

POR

CRISTIAN GARAY VERA

En su más elaborado escrito (1), Juan Donoso Cortés comentaba al Cardenal Fornari que: «El árbol del error parece haber llegado hoy a su madurez providencial; plantado por la primera generación de audaces heresiarcas, regado después por otras y otras generaciones, se vistió de hojas en tiempos de nuestros abuelos, de flores en tiempos de nuestros padres, y hoy está, delante de nosotros y al alcance de nuestra mano, cargado de frutos. Sus frutos deben ser malditos con una maldición especial, como lo fueron en los tiempos antiguos las flores con que se perfumó, las hojas que le cubrieron, el tronco que las sostuvo y los hombres que lo plantaron» (2).

Esta descripción, al margen de la bella descripción del párrafo, revela en Donoso Cortés la conciencia de una verdadera genealogía de la Revolución, con amplios antecedentes teológicos, morales, sociales y políticos. Ellos, en medio de su amplitud proporcionan una adecuada perspectiva del diagnóstico moral del célebre extremeño acerca del avance de los «filósofos» en el mundo y, por consiguiente, del retroceso de las fuerzas de la Iglesia. Este proceso encarnaba para Donoso Cortés una clave teológica del más hondo significado y que se enlaza directamente con sus previsiones acerca del «imperio de la demagogia» (3)

(1) La «Carta al cardenal Fornari», antecedente insustituible del *Syllabus* y de *Quanta cura* de Su Santidad Pío IX.

(2) «Carta al cardenal Fornari», pág. 614; JUAN DONOSO CORTÉS en *Obras completas*, II, edición de la BAC, 1946, Madrid.

(3) Este es el imperio aludido por el insigne escritor cuando se refiere a sus previsiones apocalípticas del futuro de Europa.

entendido como la culminación despótica de la negación de las verdades de la Iglesia en el mundo.

Ciertamente que esta genealogía de la revolución se contrapone frontalmente con la imagen del liberalismo decimonónico y del proceso conducido por éste en favor —según lo proclama— de las libertades públicas. Más bien esta genealogía conducía hacia los totalitarismos ideológicos que ya se habían expresado en 1789, durante la Revolución francesa, y que proclamaban su voluntad hegemónica a mediados del siglo XIX.

En el origen, la soberbia.

En su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, Donoso Cortés asevera que todo lo existente puede reducirse a un problema teológico, porque la teología, ciencia de Dios, es también ciencia de lo creado (4). En consecuencia, no es extraño que la conciencia del orden sobrenatural sea el primer fundamento del sistema natural y base del principio de autoridad.

En su *Carta al cardenal Fornari* afirmó galanamente: «¿Sabéis lo que es la revolución? Es el último término adonde ha llegado el orgullo» (5). Para Donoso Cortés este término de «orgullo» tiene el más amplio significado moral y social: implica, tanto el orgullo de la rebelión burguesa contra los nobles (o el de los proletarios contra los burgueses), como la infinita rebelión de la creatura contra su Creador. En el orgullo radica el *non serviam* de la Escritura y la revuelta de los sentidos contra el recto orden de las cosas.

Sin cejar en esta afirmación, Donoso Cortés hizo una interpretación muy amplia de los efectos de la rebelión satánica sobre la naturaleza caída de los humanos. De allí proviene el carácter pesimista que tantas veces se le ha reprochado a su antro-

(4) «La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las cosas», *Ensayo sobre el...*, II, pág. 347.

(5) *Carta al cardenal Fornari*, II, pág. 824.

pología, deseoso de eliminar toda sombra del buen salvaje, de la bondad natural predicada por Rousseau, por la Revolución, aunque por ello extremó las tintas.

Con ánimo bastante polémico, Donoso Cortés sostuvo que el ambiente de rebelión tenía su precedente y su inspiración en la revuelta de los ángeles contra Dios. «Yo no había comprendido nunca la rebeldía gigantesca de Luzbel —afirma— hasta que he visto con mis propios ojos el orgullo insensato de Proudhon». «En cuanto al dogma de la perversión ingénita de la naturaleza humana y de su inclinación hacia el mal, ¿quién la pondrá hoy en duda si pone los ojos en las falanges socialistas?» (6).

Esto significa que, en el orden natural, la inteligencia queda oscurecida y extraviada por consecuencia de la rebelión, y que solo la influencia benéfica de la Iglesia podrá restaurar en su plenitud, a través de la Gracia, idea que se encuentra en sus primeras afirmaciones acerca de las relaciones entre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo.

La negación del orden sobrenatural, a primera vista una cuestión meramente teológica, supone consecuencias en el plano natural, puesto que toda cuestión teológica —al decir de Donoso Cortés— supone una consecuencia en el plano natural. Esta afirmación es extraordinariamente fecunda a la hora de precisar cuáles son esas consecuencias, porque si en el orgullo radica la causa de las revoluciones, habrá que convenir en su naturaleza espiritual, en su condición de agravio, de pecado, contra el espíritu que conduce a la vanidad del antropocentrismo, del liberalismo y, finalmente, del socialismo. O, como afirmaba nuestro escritor: «para aquellas sociedades que abandonan el culto austero de la verdad por la idolatría del ingenio no hay esperanza alguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones, y en pos de los sofismas los verdugos» (7).

(6) *Discurso sobre la Dictadura*, 1849, II.

(7) *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, II, pág. 349.

La unidad de la Revolución.

Marcando sus diferencias con los ideólogos liberales, Donoso Cortés establece una secuencia revolucionaria afincada en el desconocimiento del orden sobrenatural. Esa es la idea que mueve su descripción de la vasta cadena de errores al cardenal Fornari y este es el aporte decisivo de Donoso Cortés a la contemplación del panorama político del siglo XIX (8).

Porque Donoso Cortés establece que, pese a sus diferencias, el socialismo y el liberalismo constituyen dos momentos revolucionarios, dos momentos de la destrucción del orden católico, y dos productos o conclusiones de la «ciudad filosófica» opuestas frontalmente a las verdades de la Iglesia católica.

En cierto modo, estos dos sistemas ideológicos constituyen para el autor herejías secularizadas, antiteológicas, profanas, que por medio de la demagogia intentan constituirse en un sucedáneo de las promesas de salvación eterna propagadas por la religión de Cristo.

Esta idea se repite incesantemente en los escritos de Donoso Cortés y son el fundamento de sus temores de una Era de oscuridad mundial, en que bajo formulaciones ideológicas se manifestaría la potencia terrena del dueño de la mentira y amo de la soberbia. El calificativo de «demoniaco» que tantas veces repite para el carácter de ese dominio futuro, así lo prueba.

Por ello proclamará que la república «no es una institución arbitraria o accidental» sino la «unidad maravillosa de las premisas de 1789 y de allí la «unidad maravillosa de la revolución en todas sus transformaciones sucesivas, y la necesidad de negarle con una negación absoluta o de aceptarla en todas sus varias manifestaciones» (9).

Esta unidad sustancial refleja, ante todo, su voluntad de des-

(8) La influencia de Donoso Cortés gravitó decisivamente respecto a la visión de la Iglesia en el siglo XIX, cuando fue más notoria la oposición entre el liberalismo y el catolicismo.

(9) *Carta al cardenal Fornari*, II, pág. 679.

truir y erosionar todos los fundamentos del orden social, partiendo de los morales y concluyendo con los económicos. Pero Donoso Cortés tenía que explicar de algún modo la contraposición violenta de su siglo entre liberales y socialistas; debía demostrar cómo, pese a esas sangrientas discrepancias, se demostraba a un buen observador sus raíces comunes. Y eso lo hizo demostrando que las sucesivas rebeliones de ricos, burgueses y proletarios eran la expresión de una cascada de soberbia que iba desde los más altos a los más bajos.

De allí su ácida crítica a los señores burgueses y a los nobles. De allí su reproche amargo y continuo a la conducta de las clases dirigentes y a su ausencia de caridad para con los demás y consigo mismos, y sus observaciones —agudas— del carácter clasista de la oposición entre liberales y socialistas, entre ricos y pobres.

«La revolución —dice en su carta a María Cristina— ha sido hecha, en definitiva, por los ricos y para los ricos, contra los reyes y contra los pobres... Me contentaré solo con observar que, por medio del censo electoral, han relegado a los pobres a los limbos sociales...» (10).

Se refiere aquí, obviamente, a esa primera etapa revolucionaria que, enfatizando la libertad, encubre la amplia gama de intereses de la burguesía y de la fronda aristocrática que dominó la primera fase de la Revolución francesa y que se afirmó en el siglo XIX mediante el liberalismo moderado, estableciendo el sufragio censitario al modo de Guizot en Francia.

Es ese el motivo que atribuye Donoso Cortés al liberalismo cuando dice afirmar el dominio de la razón sobre el de la religión y el de los sentimientos de la multitud. Es que un gobierno liberal —razona Donoso Cortés— tendrá siempre por dogma que «el mal social siempre sale de las manos de los filósofos y de las clases medias para caer en las manos de los reyes o para pasar a las clases populares» (11).

En su *Discurso sobre la Dictadura*, Donoso Cortés enuncia

(10) *Carta a María Cristina*, II, pág. 599.

(11) *Ensayo sobre el catolicismo...*, II, pág. 445.

una secuencia que sin perder de vista un elemento comprensivo de interpretación social coloca el énfasis en el orgullo y la demagogia. Cuatro son las fases que Donoso Cortés advierte en toda revolución, y uno solo el motivo inmediato: el afán de poder, de emulación y de soberbia.

La primera de esas etapas Donoso Cortés la sintetiza como: «Y seréis a la manera de dioses», desde Adán («el primer rebelde») a Proudhon («el último impío»), y que se resume en el deseo de desbancar la dignidad de Dios y reemplazarla por la omnipotencia del individuo, fórmula que a su juicio alimenta todas las revoluciones posteriores. La segunda etapa es la de «y seréis como los reyes», y resume las aspiraciones de los nobles fase original de la revolución. La tercera, y «seréis como los nobles», concita a los ricos burgueses contra los nobles, las «clases medias» contra «las nobiliarias». La cuarta y última corresponde a la rebelión de los pobres contra los propietarios, las «revoluciones socialistas» contra las clases medias, impulsadas por «y seréis como los ricos» (12).

La tipología de la revolución establecida por Donoso Cortés es lo suficientemente expresiva y flexible como para permitir traspasar una noción moral y teológica como la de la soberanía contra Dios al plano natural de la soberbia contra los poderosos, teniendo a la vez el mérito de proyectar una secuencia lógica que establece momentos mutuamente excluyentes en su simultaneidad, pero a la vez mutuamente necesarios.

De ese modo, cada etapa de la revolución, por contradictorio que pareciera, supone que unas con otras se fundamentan cronológica e ideológicamente hasta ser un todo. Sin el protestantismo no se hubiera levantado la noción teológica de la libre opinión liberal y, sin ésta, jamás la aspiración democrática del socialismo hubiera tenido todo el sentido ideológico que tuvo con posterioridad, como tampoco su anhelo de concluir con toda huella de lo sacral, si careciera de ese rasgo de violencia tan peculiar a la revolución.

(12) *Discurso sobre la Dictadura*, II, pág. 193.

Las observaciones de Donoso Cortés respecto de la revolución tienen por objeto destacar una unidad sustancial sobre el antropocentrismo y los derechos del hombre, llevados según unos en consonancia con la libertad y según otros en favor de un bienestar tan genérico como mediocre en el socialismo.

Es que ninguna de las premisas liberales ha sido —a juicio de Donoso Cortés— olvidada por el socialismo, el que solo las ha llevado a su entera conclusión. Donde el liberalismo proclamó la libertad de los burgueses, el socialismo quiso cautelar la libertad de los pobres y desposeídos. Donde el liberalismo levantó la premisa de la separación entre la Iglesia y el Estado, del laicismo como programa político, el socialismo lo proclamó como deber social mediante el ateísmo.

A juicio de nuestro autor, ninguna de esas ideas ha dejado de procrear otras tantas más extremas y violentas, y ninguna de ellas ha dejado de levantar una clara solidaridad cuando los fundamentos lejanos o próximos de sus ideas han sido atacados por la doctrina contrarrevolucionaria.

Como ejemplo de esta actitud, se puede citar que cada una de las «conquistas» de la revolución ha sido considerada por la escuela siguiente como un espacio ganado a la tradición. Un paso irrenunciable aunque insuficiente para las nuevas ideas que luchan por instaurar su dominio. Esta dialéctica histórica e ideológica es para Donoso Cortés la evidencia más irrefutable de un movimiento universal revolucionario, que deja en un segundo o tercer plano la expresión contingente, la lucha por el poder y los apetitos mutuamente desatados.

De ese modo el socialismo viene a ser el compendio del liberalismo, del socialismo económico, moral y social, que demuestra las posibilidades escondidas en la embestida de la burguesía contra la nobleza, restringida por necesidad táctica al plano jurídico, político y religioso. Para Donoso Cortés es evidente que el socialismo es el más consecuente e integral de los liberalismos, porque se alimenta de la «filosofía» y de sus mismas premisas materialistas.

Una de las expresiones más categóricas de esta percepción se

encuentra en el *Discurso sobre Europa* de 1850. Allí se ocupa del socialismo y de lo que se considera el modo errado de combatirlo. Ese modo al que se alude no es otro que el de considerarle como un reto económico, restringiendo severamente sus dimensiones morales e ideológicas.

A los numerosos concurrentes que acudieron a escuchar su discurso Donoso Cortés espetó: «Se ha dicho que traer aquí esas cuestiones era el medio de vencer el socialismo. ¡Ah!, señores, el medio de vencer el socialismo. Pues, ¿qué es el socialismo sino una secta económica? El socialismo es hijo de la economía política, como el viborezno es hijo de la víbora, que, nacido apenas, devora a su propia madre. Entrad en esas cuestiones económicas, ponedlas en primer término, y yo os anuncio que antes de dos años tendréis todas las cuestiones socialistas en el Parlamento y en las calles» (13).

El factor puramente económico le parecía, pues, insuficiente para establecer las bases de una diferenciación política de proporciones, porque, en definitiva, si había algo en común al liberalismo y al socialismo, era su común raíz económica, entendida como la expresión amplia del materialismo reinante.

También ocupa un lugar importante en su evaluación de la revolución la convicción de que por solidez y permanencia serán los socialistas quienes vencerán a los liberales. Porque Donoso Cortés está convencido que es imposible gobernar sin que la autoridad se funde o en el rey y en su prestigio o en el pueblo por medio del sufragio, sin mencionar siquiera aquella legitimación por las armas que tanto interesó a Donoso Cortés, quien también creía en la decadencia de las monarquías y en el advenimiento de un grave desorden, solamente controlable por medidas extraordinarias.

En el *Ensayo*, nuestro personaje afirma solemnemente la decadencia del liberalismo, porque «nada sabe de la naturaleza del mal ni del bien; apenas tiene noticia de Dios y no tiene noticia ninguna del hombre» (14). Donoso Cortés funda esta ignorancia

(13) *Discurso sobre Europa*, II, pág. 303.

(14) *Ensayo sobre...*, II, pág. 446.

en la libertad a diario proclamada por los liberales: juzga que su escepticismo es tan suicida como ingenuo, y que abrirá las puertas para que, dejándose de creer en lo que era conveniente y digno para la vida humana (la religión), se abran las puertas a otras creencias, cuando esa actitud de escepticismo haya dado todos sus frutos envenenados.

A esas razones añade una de orden puramente sobrenatural: que las escuelas liberales en cuanto escépticas son antiteológicas, pero las socialistas, en cuanto ateas son satánicas. Su convicción del imperio de la demagogia como un imperio socialista brutalmente anticristiano es principalísima dentro de sus observaciones políticas.

El imperio anticristiano, la fase final.

Las observaciones que Donoso Cortés dedica a la demagogia no son en absoluto adjetivas al tema que nos ocupa. En efecto, nuestro autor afirma que el proceso antes mencionado de una decadencia moral produce y perpetúa una decadencia material y social. Esta última etapa —señalada expresamente en su *Discurso sobre Europa*— es la que menciona como predispuesta a un dominio demagógico, fundado en el desprecio de Dios.

Por todo ello Donoso Cortés recalcó que Eutopa vivía una era decadente que forzosamente conduciría a la constitución de un nuevo orden, en el que todo lo establecido se derrumbaría. Gran Bretaña ante Rusia, anuncia en el antes citado discurso, no podría recurrir para nada ni a su Imperio ni a su flota ante la potencia anímica y espiritual de un nuevo compendio de heresías que darían por el suelo con el liberalismo.

Este nuevo imperio demagógico, al que alude Donoso Cortés en sus premoniciones no es otro que el socialista, el que se funda paralelamente en el desprecio de la tradición y el endiosamiento del hombre. Liberales y socialistas —dice en *El ensayo*— convienen «en que el mal nos viene del pasado: los liberales afirman que el bien puede realizarse ya en los tiempos pre-

sentes, y los socialistas que la edad de oro no puede comenzar sino en los tiempos venideros» (15).

Pero ciertamente hay un rasgo que los caracteriza con mayor vigor aún: en el endiosamiento del hombre, la pretensión insensata de dotar al hombre de todos los atributos y a la vez entregar esos mismos atributos a un Estado omnipotente, que los devora todos... La ideología de los «derechos del hombre» opera, pues, a ojos de nuestro escritor, como la expresión intelectual del despotismo, protegida por sus continuas alabanzas a las libertades y al hombre. Una ideología —señala— que al tiempo de proclamar la abolición de la pena de muerte, facilita para el futuro los mayores crímenes.

Este cuadro, ciertamente no muy optimista, fue cargando sus tintas en el curso del tiempo. Cuando Donoso Cortés esperaba de Pío IX reformas fundamentales en la relación entre la Iglesia y la sociedad, se atrevió a escribir que: «Ninguna de las ideas fundamentales y constitutivas de la civilización moderna tiene un origen filosófico; todas proceden de la religión cristiana. El mundo, sin embargo, arrojado fuera de las vías de la verdad, ha rendido adoración y culto al plagio de la filosofía. Pío IX trae el encargo de derrocar al ídolo y de demostrar su engaño a las gentes» (16).

Tales esperanzas se vieron, empero, defraudadas por el curso de los acontecimientos que arrojaron en 1848 —por obra de los revolucionarios— al Romano Pontífice de la ciudad papal. A partir de entonces su juicio respecto de la inevitabilidad del mal y aun del apoyo divino que recibiría (como instrumento expiatorio), no cesaría (17). Casi hasta podría decirse que existía algo

(15) *Ensayo sobre el catolicismo...*, II, pág. 458.

(16) *Las reformas de Pío IX*, II, págs. 82-83.

(17) Este aspecto lo ha destacado MARIO GÓNGORA DEL CAMPO en su ensayo «Tradicionalismo y romanticismo» en su libro *Civilización de masas y otros ensayos*, Editorial Vivaria, Santiago, 1987. También FEDERICO SUÁREZ en su ensayo «Donoso Cortés y su diagnóstico sobre Europa», páginas 264-265, publicado en *Razón Española*, núm. 23, mayo-junio de 1987, Madrid.

de resignación en sus últimos escritos, si resignación evocara un concepto cristiano respecto del porvenir.

En ese pequeño artículo referido a las reformas de Pío IX, Donoso Cortés dejaba entrever que el mayor despotismo se encontraba en el humanismo: «dondequiera que (el hombre) obedece al hombre, hay servidumbre» (18). Esta idea llegaría a su máxima perfección con la tesis de las represiones, la religiosa y la política, y la aplicaría llena de pavor a su pesimista visión del futuro.

Esta visión se desató a partir de los sucesos de 1848 antes mencionados. Allí recordó que en su origen la democracia (inspirada por la libertad y la «filosofía») se alzaba contra el orden natural, blandiendo la demagogia.

«La demagogia no es un mal, es el mal por excelencia; no es un error, es el error absoluto; no es un crimen cualquiera, es el crimen en su acepción más terrífica y más lata. Enemiga irreconciliable del género humano» (19). Para explicar esta aseveración basta remitirse a un párrafo anterior del mismo escrito: «La demagogia es una negación absoluta; la negación del gobierno en el orden político, la negación de la familia en el orden doméstico, la negación de la propiedad en el orden económico, la negación de Dios en el orden religioso, la negación del bien en el orden moral» (20).

No es extraño que sus dos más claras alusiones al cuadro de desolación futuro pertenezcan al mismo lapso de tiempo. En noviembre de 1849, cuando pronuncia su célebre *Discurso sobre la Dictadura*, y el 30 de enero de 1850, fecha de su *Discurso sobre Europa* (21).

(18) *Las reformas de Pío IX*, II, pág. 86.

(19) *Los sucesos de Roma*, II, pág. 184.

(20) *Los sucesos de Roma*, II, pág. 184.

(21) En el primero se pregunta si ya no se está en «aquellos pavorosos días apocalípticos en que un gran imperio anticristiano se extenderá», II, pág. 186. En el segundo anuncia que «El mundo, señores, camina con pasos rapidísimos a la constitución de un despotismo, el más gigantesco y asolador de que hay memoria en los hombres», II, pág. 197. En el ter-

Es preciso destacar que a los elementos de orden moral, Donoso Cortés agrega en el último de los discursos mencionados un examen del socialismo en relación con sus efectos morales sobre la sociedad. Denuncia que el colectivismo acabará con todos los resortes morales de ella porque extinguirá propiedad y por ende el patriotismo, porque hombres desarraigados no podrán encontrar ningún signo material de su vinculación con otros hombres. Siendo fácil pasto para los apetitos de un Estado omnipotente.

La civilización filosófica contra la civilización católica.

Donoso Cortés atribuye a la Revolución una formulación teórica depurada: el filosofismo. De hecho, toda su concepción reivindica el papel de las verdades de la Iglesia católica que, mediante sus enseñanzas, han formado —a su juicio— todo el bagaje cultural y valórico del Occidente cristiano. Occidente cristiano, en verdad, hondamente amagado por los extravíos de la Ilustración y luego del liberalismo y finalmente del socialismo, que en su marcha erosionó todos los conceptos de autoridad, partiendo de lo religioso y terminando por la política.

Este análisis *sobrenaturalizado* coloca a Donoso Cortés en una perspectiva finalista y teológica de la política y de la sociedad contraria a las formulaciones liberales. Porque, en definitiva, *lo que denuncia como la revolución no es otra cosa que el movimiento contra el orden creado por Dios, el orden natural.*

Por cierto que su voluntad de defender dicho orden le hizo sobrepasar los marcos del mero legitimismo, lo que le llevó a una comprensión enteramente nueva de las exigencias futuras de la política. Fue el propugnador de la dictadura de Narváez y vio con claridad las disyuntivas entre la revolución socialista y la de Napoleón III en Francia, eligiendo resueltamente esta última.

Ésa preferencia estaba, empero, dentro de los límites y neceramente identifica como instrumento de ese despotismo a Rusia, que sintetizará todos los errores conocidos, *vid.* II, pág. 311.

cesidades de una época que juzgaba ignominiosa y que le hacía ver —como él lo manifestó tajantemente— entre males de diversa magnitud. Si Carl Schmitt, en *Interpretación Europea de Donoso Cortés* y en *Estudios políticos* pretendió identificar la dictadura con la óptima formulación político-moral de Donoso Cortés, tal intento no parece adecuado a una comprensión exacta de las alternativas que percibía el escritor a corto plazo, en un escenario de crisis generalizada (22).

La disolución de las monarquías y su progresiva incapacidad para reestablecer el orden, es solo una manifestación —a sus ojos— de la progresiva disolución de la verdad, y con ello de la autoridad. A partir de entonces se configuraría una amenaza de indudable proyección para la persistencia de la Civilización Católica que, al fin y al cabo, se corresponde a las exigencias lógicas de la naturaleza humana.

Ahora bien, Donoso Cortés rompió los lazos umbilicales del tradicionalismo político con las monarquías consagradas, por lo que suponía un imperativo de la época, que le alejó sustantivamente de aquel otro tradicionalismo español (el de los carlistas) e incluso del legitimismo francés de la época.

Por otro lado, este antagonismo entre la Ciudad Filosófica y la Ciudad Católica, acerca su análisis al de modernos estudiosos de la ideología. Para ellos, la Ilustración, el Humanismo y el Enciclopedismo están en la base de las corrientes ideológicas actuales. Lo que Donoso Cortés denominó el «filosofismo» no corresponde ciertamente a la existencia de una percepción filosófica o a la necesidad de un contenido filosófico o doctrinario. Corresponde a la denuncia de un cuerpo doctrinario reñido con la tra-

(22). «No en vano Donoso la compara (la dictadura) a esa palabra terrible que es revolución...». Para Donoso la anarquía era la peor forma de la injusticia, puesto que siendo, la Revolución, la anarquía a la vez que la disolución de toda filosofía y ejercicio de la autoridad, era preferible la injusticia particular de los gobiernos a la injusticia general de la falta de aquéllos», *El Tradicionalismo y los orígenes de la guerra civil española (1927-1937)*, CRISTIAN GARAY VERA, pág. 125, Ediciones Hernández Blanco, Santiago, 1987.

dición católica, hostil al realismo aristotélico —tomista y germinalmente republicano y democrático—.

Formulaciones atacadas en nombre del realismo o del pragmatismo, ya sea en el plano metafísico como en el práctico, suponen formulaciones teóricas inconvenientes para la naturaleza humana. *Su carácter aparece denunciado en los hechos como utópico y arbitrario, como un sustituto de la religión y como una promesa integral de salvación terrena: un verdadero sacramento* (23).

En la *Carta al cardenal Fornari* Donoso Cortés desarrolla una vasta secuencia de esos errores naturales que liga con una extensa gama de herejías y opiniones prohibidas por el magisterio de la Iglesia católica. Este análisis se corresponde al que con otra perspectiva realiza Eric Voegelin en nombre de la degradación del realismo filosófico o metafísico por el *gnosticismo*.

La escisión del realismo y del idealismo en la filosofía, en la historia de Occidente, pueden considerarse como la versión intelectual de las tesis donosianas, estrechamente vinculada a la crítica de las ideologías (24).

Ambas perspectivas, en suma, redefinen los términos del análisis del fenómeno del «totalitarismo», desde una base eminentemente religiosa, perspectiva que parece haber sido recuperada en estos últimos años.

(23) «La ideología, como fenómeno intelectual y moral postcristiano, comprende entre sus rasgos esenciales una secularización de la esperanza. Es una promesa de una vida futura, cuyo contenido se define por el contraste de las miserias presentes», *El hombre, animal político*, JUAN ANTONIO WIDOW, pág. 185, Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, Santiago, 1984.

(24) *Vid.*, la cuarta parte, denominada «Los sistemas ideológicos», en *El hombre, animal político*, de JUAN ANTONIO WIDOW, págs. 171 y sigs.; caps. IV, V y VI dedicados al gnosticismo, en *Nueva ciencia de la política*, de ERIC VOEGLIN, págs. 168 y sigs., Rialp, Madrid, 1968, y capítulos III, IV y V, en *El renacer de las ideologías*, de CARLOS IGNACIO MASSINI, págs. 53-80 y págs. 115-121, Editorial Idearium, Mendoza, 1984.